



CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

El encuentro con Jesús y su seguimiento

Queridos diocesanos:

Después del Bautismo de Jesús, la Liturgia nos sitúa ante un hecho que llama especialmente la atención hoy: la llamada a los primeros discípulos y la respuesta generosa de los mismos a seguir al Señor.

Una de las notas más características de la llamada por parte de Jesús -y de la respuesta por parte de las personas llamadas- es la fascinación, el entusiasmo y la prontitud con que los discípulos responden a la voz del Maestro. Los dos primeros discípulos cuando oyen de boca de Juan el Bautista quién es Jesús -“*el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*” (Jn 1, 35)- inmediatamente le siguen y quieren conocer dónde vive, lo que vive, cuales son valores, el estilo de vida; así, cuando Jesús les dice “*venid y lo veréis*” (Jn 1,39) ellos le siguen y se quedan con Él

De este modo, se produce un verdadero encuentro entre Jesús y aquellos discípulos; a partir de este encuentro, ellos van a comenzar a construir su historia de seguimiento y discipulado, como discípulos de Jesús, como seguidores de su mensaje y de su vida.

Observamos cómo el encuentro con Jesús es el punto de partida para el seguimiento, para ser su discípulo. Así sucedió con los Apóstoles, con San Pablo y con todos los santos que Dios ha regalado a la Iglesia y al mundo a lo largo de la Historia. Si conocemos de cerca la vida de algunos santos podremos darnos cuenta de que la ‘historia’ de su ‘carrera’ hacia la santidad comenzó precisamente en ese encuentro personal, real, fascinante con Jesús. Ellos -a través de la Palabra de Cristo, de determinadas personas, de acontecimientos providenciales- descubren al Señor como alguien que impacta su vida, que no les deja indiferentes sino que les fascina, les enamora; es a partir de ahí donde comienzan una vida totalmente dedicada al servicio de Dios, viviendo y desarrollando el estilo de vida que Jesús les pide.

Esto es precisamente lo que les falta a muchos cristianos hoy. No se han encontrado realmente con el Señor y por eso su fe no implica auténticamente sus vidas y, en muchos casos, no significa nada para ellos. Y es que el encuentro con Jesús es el comienzo de una vida vivida según Dios, vida que no podemos vivir si no se produce este encuentro con Él.

El encuentro con el Señor es don de Dios y es búsqueda por parte del ser humano; es ‘regalo’ del Señor que pide la voluntad del hombre de buscarle, de desear encontrarnos con Él. Sabemos sobradamente que -en muchas ocasiones- Dios es el gran ausente de la vida de muchas personas en nuestro mundo actual; y lo es no porque Él no quiera estar presente sino porque tantos obvian su existencia y muestran una ‘gélida’ indiferencia ante todo lo que muestre relación con Dios, la fe, la religión, la vida eterna, etc. pues andan buscando otras cosas más inmediatas, materiales, efímeras.

En este ambiente, quien desee buscar a Dios y encontrarse con Él lo alcanzará si, primeramente, es consciente de que a Dios le interesamos cada uno, nuestras cosas; que camina a nuestro lado siempre, esperando una respuesta de nuestra parte; que Él espera que le abramos nuestro corazón y le amemos, importándonos de verdad Él y su mensaje salvador, conscientes de que todo lo demás no dará una respuesta total y válida a nuestros interrogantes pues *“el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”* (GS 22).

El Señor, a través de su Palabra en la que nos muestra su verdadero rostro; desde determinados acontecimientos que se producen en nuestra vida y nos llevan a buscar un sentido a los mismos; desde la forma de vivir de otras personas que nos impacta; también nos pregunta a cada uno de nosotros: *“¿Qué buscáis?”* (Jn 1, 39) De nuestra respuesta va a depender el que se produzca ese verdadero y auténtico encuentro con Él -que nos transforme plenamente- o que sigamos buscando lo que no puede responder a nuestros interrogantes ni puede saciar las ansias de infinitud que cada ser humano lleva inscritas en su corazón. Es necesario que -como aquellos discípulos- cada uno le preguntemos: *¿Quién eres? ¿qué quieres de mí? ¿dónde vives?.*

Otro aspecto importante de este encuentro con Jesús es que, tantas veces, se produce por el testimonio de otros: aquellos primeros discípulos se encuentran con Jesús y le siguen por el testimonio de Juan el Bautista: *“Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”* (Jn 1, 35); Pedro le siguió por el testimonio de su hermano Andrés -*“hemos encontrado al Mesías”* (Jn 1, 41) que, a su vez, era uno de los dos que le siguieron por el testimonio del Bautista. Así podríamos enumerar tantos y tantos que a través de la Historia se han sentido llamados por Dios a través de otras personas.

Lo dicho pone de manifiesto la importancia del testimonio de vida de los demás para nosotros y nuestro propio testimonio para los demás. Ya decía el Beato Juan Pablo II que el único Evangelio que muchos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo iban a leer sería el testimonio de los cristianos. Este hecho nos urge a valorar positivamente la vida cristiana que vemos en los demás pues, a través de ella, nos está llamando el Señor a encontrarnos con Él y a seguirle viviendo su propio estilo de vida, siendo verdaderos discípulos suyos. Nos pide, además, nos estimula y nos urge a valorar la importancia de nuestro propio testimonio para los demás, la importancia de que nosotros seamos verdaderos y auténticos creyentes en Jesús, discípulos suyos en toda su exigencia, para ser nosotros mismos verdaderos testigos, portadores, apóstoles y misioneros de Cristo y su mensaje salvador para los que nos contemplan vivir y actuar.

Vivamos nuestra fe hasta las últimas consecuencias; dejemos que el testimonio de vida cristiana de los demás penetre en nuestro corazón y seamos -con nuestra vida- testigos del Amor de Dios. Estaremos, así, favoreciendo que muchos se encuentren con Él, crean en su mensaje, se conviertan y se salven.

Que Dios os bendiga a todos,

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria